

# SEGUNDA PARTE

## CAPÍTULO 1

Pasó el resto del día en una abigarrada niebla de recuerdos, en un cansancio penoso que oprimía cuerpo y alma. Como una mancha gris, ante los ojos de la madre danzaba el pequeño oficial, brillaba el rostro bronceado de Pável, sonreían los ojos de Andréi...

Iba y venía por la habitación, se sentaba junto a la ventana, miraba la calle, caminaba de nuevo frunciendo las cejas, temblando. Lanzando una ojeada a su alrededor, vacía la cabeza, buscaba algo, sin saber qué. Bebía agua sin calmar su sed; no podía apagar dentro de su pecho el ardiente brasero de angustia y agravio que la consumía. El día se había dividido en dos partes: la primera tuvo un sentido, un contenido, pero en la segunda se había vaciado de él. Ante la madre se extendía un vacío desolador, y una pregunta sin respuesta la torturaba:

¿Qué hacer ahora?

Llegó Kórsunova. Manoteó, gritó, lloró, se exaltó, golpeó el suelo con los pies, propuso y prometió algo confuso y amenazó a no se sabía quién... Pero nada de aquello conmovió a la madre.

—¡Ah, ah! —decía la voz chillona de María—. A pesar de todo, le han llegado a lo vivo a la gente. La fábrica toda se ha levantado, ¡se ha puesto de pie en masa!

—Sí, sí —respondía dulcemente la madre, asintiendo con la cabeza, mientras sus ojos miraban fijamente a todo aquello que ya pertenecía al pasado, que se le había ido con Andréi y Pável. No podía llorar; tenía el corazón oprimido, seco como los labios, y su boca tampoco tenía saliva. Le temblaban las manos y, en la espalda, un leve escalofrío le estremecía la piel.

Por la noche llegaron los gendarmes. Los recibió sin asombro ni temor. Entraron en la casa con estrépito, y había en ellos una especie de alegría y satisfacción. El oficial de tez amarilla, dijo burlonamente:

—Muy bien, ¿cómo le va? Es la tercera vez que nos vemos, ¿no?

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Ella callaba, pasando la lengua reseca por sus labios. El oficial habló mucho, en tono aleccionador, y ella comprendía que sentía placer escudándose. Pero las palabras no llegaban hasta ella, no la afectaban. Solamente la alcanzaron cuando él dijo:

— Tú misma tienes la culpa, mujer, por no haber sabido inculcar en tu hijo el temor a Dios y el respeto al Zar...

De pie junto a la puerta, ella respondió sordamente y sin mirarlo:

—Sí, nuestros hijos serán nuestros jueces. Y con toda justicia, nos condenarán por haberlos abandonado en un camino semejante...

—¿Qué?—gritó el oficial—. ¡Habla más alto!

—Digo que los hijos serán nuestros jueces —repitió ella suspirando.

Entonces, él se puso a perorar con voz rápida e irritada, pero el torbellino de sus palabras no rozaba siquiera a la madre.

María Kórsunova había sido llamada como testigo. Estaba de pie junto a la madre, pero no la miraba, y cuando el oficial se dirigía a ella con alguna pregunta, se inclinaba apresurada, haciéndole una profunda reverencia, y contestaba con monótona voz:

—No lo sé, Excelencia. Yo soy una mujer ignorante, me ocupo de vender, y como soy tan tonta, no sé nada...

—Bien, pues cállate —ordenó el oficial, retorciéndose el bigote.

Ella se inclinó, y haciéndole la higa a sus espaldas, susurró a Pelagueia:

—¡Chúpate ésta!

Le ordenaron que registrara a Vlásova. María parpadeó, clavó sus ojos en el oficial y dijo asustada:

—Excelencia, ¡yo no sé hacer eso!

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

El golpeó el suelo con impaciencia y se puso a gritar. María bajó los ojos y dijo suavemente a la madre:

—¡Qué le vamos a hacer! Desabróchate, Pelagueia Nílovna...

María, con la cara inyectada en sangre, la registró y palpó el vestido, murmurando:

—¡Perros...!

—¿Qué estás hablando ahí? —gritó con rudeza el oficial, mirando al rincón donde se llevaba a cabo la operación.

—Cosas de mujeres, Excelencia —contestó ella atemorizada.

Cuando el oficial ordenó a la madre que firmase el acta, ella, con mano torpe, trazó, en letras de imprenta, caracteres brillantes y gruesos:

« Pelagueia Vlásova,, viuda de un obrero.»

—¿Qué has puesto aquí? ¿Por qué has escrito esto? — gritó el oficial, haciendo una mueca de repugnancia; luego, soltó una risotada y agregó, irónico: —Salvajes...

Se fueron. La madre se colocó ante la ventana, los brazos cruzados sobre el pecho, mirando hacia delante, sin parpadear, sin ver nada, durante mucho tiempo. Sus cejas se alzaban, apretaba los labios y las mandíbulas con tal fuerza, que no tardaron en dolerle los dientes. En la lámpara se había agotado el petróleo, y la llama iba apagándose con leve chisporroteo. Ella sopló la mecha y se quedó a oscuras. Una nube negra de angustiosa inconsciencia le llenó el pecho, paralizando los latidos de su corazón. Permaneció así largo tiempo, sintiendo la fatiga de sus piernas y de sus ojos. Oyó que María se paraba bajo la ventana y con voz de ebria le gritaba:

—¡Pelagueia! ¿Estás dormida? ¡Duerme, pobre mártir, duerme!

La madre se echó vestida en la cama, y al instante, como si hubiera caído en un hondo abismo, quedó profundamente dormida.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

En sueños vio el terraplén de arena amarilla, al otro lado del pantano, en el camino de la ciudad. En lo alto de la pendiente que llevaba al lugar de donde se extraía la arena, estaba Pável cantando sonora y dulcemente con la voz de Andréi:

—Arriba, los pobres del mundo...

Ella pasaba ante el montículo, por el camino, y poniéndose la mano en la frente, miró al hijo. La silueta del joven se destacaba, nítida sobre el fondo azul del cielo. Le daba vergüenza acercarse a él, porque estaba encinta. En brazos llevaba otro chiquillo.

Continuó su camino. En los campos, los niños jugaban a la pelota; eran muchos, y la pelota era roja. El bebé que llevaba tendió los brazos hacia ellos y se echó a llorar ruidosamente. Le dio el pecho y volvió sobre sus pasos. El montículo estaba ahora ocupado por soldados que dirigían contra ella sus bayonetas. Corrió velozmente hasta una iglesia que se alzaba en medio del campo, una iglesia blanca, ligera, como hecha de nubes, y desmesuradamente alta. Había un entierro: el ataúd era grande, negro, con la tapa clavada. Pero el sacerdote y el diácono iban por la iglesia vestidos de blanco y cantaban:

—Cristo ha resucitado de entre los muertos...

El diácono agitó el incensario y le hizo una inclinación de cabeza, sonriendo. Tenía los cabellos de un rojo resplandeciente y un rostro alegre como el de Samóilov. De lo alto de la cúpula descendían rayos de sol, anchos como sábanas. A ambos lados del coro, los niños cantaban dulcemente:

—Cristo ha resucitado de entre los muertos...

—¡Deténganlos! —gritó súbitamente el sacerdote parándose en medio del templo. La casulla que vestía desapareció, y sobre su rostro aparecieron severos bigotes color de pimienta y sal.

Todos huyeron, hasta el diácono, que tiró el incensario a un lado y se llevó las manos a la cabeza, como hacía el jojol.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

La madre dejó caer el niño a los pies de los fieles: éstos, corriendo, evitaban pisarlo y miraban temerosamente el pequeño cuerpecito desnudo, en tanto que ella, de rodillas, les gritaba:

—¡No abandonen al niño! Llévenselo...

—Cristo ha resucitado de entre los muertos... —cantaba el jojol, las manos a la espalda y sonriendo.

Ella se inclinó, recogió a la criatura y la colocó sobre una carreta de tablas de madera, al lado de la cual caminaba lentamente Nikolái, que se reía a carcajadas y decía:

—Me han dado una tarea dura...

En la calle había barro, a las ventanas de las casas se asomaba gente que silbaba, gritaba, agitaba los brazos. El día estaba claro, el sol brillaba con fuerza y no había sombra en parte alguna.

—¡Canta, madrecita! —decía el jojol—. ¡Así es la vida!

Y él cantaba, dominando con su voz todos los ruidos. La madre lo seguía. De pronto, tropezó y voló en un abismo sin fondo, que aullaba mientras ella caía...

Se despertó, temblando. Se habría dicho que una mano pesada y rugosa rodeaba su corazón y lo apretaba suavemente en un juego cruel.

La sirena de la fábrica sonaba obstinadamente, y calculó que era la segunda llamada. En la habitación en desorden, los libros se mezclaban, revueltos, todo estaba patas arriba, y el suelo mostraba la suciedad de las pisadas de los gendarmes.

Se levantó y comenzó a poner todo en orden, sin lavarse ni hacer sus oraciones. En la cocina vio el palo con el jirón de algodón rojo, lo tomó malhumorada y quiso echarlo debajo del horno, pero desprendió, suspirando, el trocito de bandera, que plegó cuidadosamente y ocultó en su bolsillo, rompiendo luego en la rodilla el resto del palo y arrojando los dos pedazos en el arcón de la leña. Después, fregó con agua fría las ventanas y el suelo, preparó el samovar, se vistió, se sentó en la cocina junto a la ventana, y de nuevo se planteó la cuestión de la víspera:

¿Qué hacer ahora?

Recordando que no había rezado aún, permaneció de pie durante unos instantes ante los íconos, y volvió a sentarse; sentía el corazón vacío.

Reinaba una extraña calma. Era como si la gente, que tanto había gritado el día anterior en la calle, se hubiera recogido en sus casas y meditase, sin despegar los labios, sobre la extraordinaria jornada.

De repente le vino a la memoria una escena que presenciara cierta vez en los días de su juventud. En el viejo parque de los señores de Zausáilov había un gran estanque, cubierto completamente de nenúfares.

Un día gris de otoño, al pasar junto al estanque, vio en su centro una barca. El estanque estaba sombrío, manso, y la barca parecía pegada a las negras aguas, tristemente ornadas de hojas amarillas... Una melancolía profunda y un pesar misterioso envolvía a aquella barca sin remos y sin remero, solitaria e inmóvil en el agua opaca, entre las muertas hojas. La madre permaneció mucho tiempo a la orilla del estanque, preguntándose quién y para qué habría empujado la barca tan lejos. Aquel mismo día, por la noche, se supo que la mujer del administrador de los Zausáilov se había ahogado en el estanque; era una mujer pequeña, de rápido andar y negros cabellos, siempre revueltos.

La madre se pasó la mano por el rostro; su pensamiento estremecido empezó a bogar por las impresiones de la víspera. Sumida en ellas, estuvo mucho tiempo sentada, fijos los ojos en la taza de té, ya frío; en su alma surgía el deseo de ver a alguna persona inteligente y sencilla, y preguntarle acerca de muchas cosas.

Y como en satisfacción de aquel deseo, después de mediodía apareció Nikolái Ivánovich. Pero, al verlo, sobrecogida de pronto por la inquietud, sin contestar a su saludo, le dijo en voz queda:

—Ah, querido mío, ha cometido un error viniendo aquí. Es imprudente, y seguro que lo detendrán si lo ven...

El le estrechó vigorosamente la mano y acomodó mejor sus lentes. Luego, inclinando el rostro sobre el de la madre, le explicó rápidamente, en voz baja:

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Pável, Andréi y yo habíamos convenido que si los detenían, yo debía venir al día siguiente para llevarla a usted a instalarse en la ciudad. —hablaba con voz afectuosa y preocupada—. ¿Han venido a registrarla?

—Sí. Han mirado por todas partes, y a mí me cachearon... ¡Esa gente no tiene pudor ni conciencia!

—¿Qué necesidad? —dijo Nikolái, alzando los hombros. A continuación se dedicó a exponerle las razones por las cuales debía irse a vivir a la ciudad.

Ella, escuchando su voz amistosa y solícita, le miraba con pálida sonrisa y, sin comprender sus razones, se asombraba de la confianza, llena de cariño, que sentía hacia el hombre aquel.

—Si Pável así lo quiere, y si no voy a estorbarlo a usted...

—No se preocupe por eso. Vivo solo, únicamente mi hermana viene alguna rara vez.

— Pero yo quiero ganarme el pan que me coma —objetó ella.

— Si usted quiere, ¡ya le encontraremos quehacer!

Para ella, la idea de trabajo estaba ya indisolublemente unida al género de actividad de su hijo, de Andréi y de sus camaradas. Se acercó a Nikolái y le preguntó, mirándole a los ojos:

—¿Me lo encontrarán?

—Mi casa es pequeña, la de un soltero.

—No hablo de ese trabajo —dijo ella dulcemente. Suspiró, un poco molesta de que él no la hubiese comprendido. Pero Nikolái, sonriendo sus ojos miopes, le dijo en tono soñador:

—Si cuando vea a Pável puede pedirle la dirección de esos campesinos que han pedido un periódico...

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—¡Yo los conozco! —dijo ella alegremente—. Los encontraré y haré todo lo que usted me diga. ¿Quién va a pensar que yo llevo papeles prohibidos? ¡Dios sabe cuántos he llevado a la fábrica!

Súbitamente, la invadió el deseo de ir a cualquier parte, por las carreteras, los bosques y las aldeas, la mochila al hombro, el bastón en la mano.

—¡Encárgueme a mí de ese asunto, se lo suplico, querido! —dijo—. Iré allí donde me manden, encontraré el camino en todas las provincias. Iré verano e invierno..., hasta la tumba, como un peregrino. ¿No es un destino envidiable para mí?

Pero sintió angustia cuando se vio, en el pensamiento, sin hogar, errante, pidiendo limosna en nombre de Cristo, bajo las ventanas de las isbas.

Nikolái le tomó dulcemente una mano y la acarició con sus cálidos dedos. Después, mirando el reloj, dijo:

—Hablabamos de eso más tarde.

—¡Amigo mío! —exclamó ella—. Nuestros hijos, que tienen el más querido lugar en nuestro corazón, sacrifican su libertad y su vida, mueren sin sentir lástima de sí mismos, y yo, una madre, ¿qué no haría?

Nikolái palideció, y dijo muy quedo, mirándola con una atención que era casi una caricia:

—¿Sabe usted?, es la primera vez que oigo palabras semejantes...

—¿Qué puedo decir yo? —preguntó Pelagueia, inclinando tristemente la cabeza y dejando caer los brazos en gesto de impotencia—. Si encontrara palabras para decir todo lo que hay en mi corazón de madre...

Se levantó, impulsada por una fuerza que crecía en su pecho y la embriagaba en un torrente de palabras indignadas:

—Muchos llorarían... Incluso los malvados, hasta los que no tienen conciencia...

Nikolái se levantó también y, una vez más, miró la hora.

—Entonces, queda decidido. ¿Viene a vivir conmigo?

Ella asintió en silencio.

—¿Cuándo?

—Lo más pronto posible. —y añadió con dulzura —Estoy inquieto por usted..

Ella lo miró extrañada. ¿Qué interés podía inspirarle? El se mantenía ante la madre, la cabeza baja, una embarazosa sonrisa en los labios, encorvado, miope, vestido con una modesta chaqueta negra, todo lo que llevaba parecía prestado...

—¿Tiene usted dinero? —preguntó él tímidamente.

—No.

El sacó vivamente su monedero del bolsillo, lo abrió y se lo tendió:

—Tome, por favor, tome lo que necesite...

La madre sonrió sin querer y, moviendo la cabeza, observó:

—Todo ha cambiado. El dinero no tiene valor para ustedes. La gente pierde su alma por él, y a ustedes no les importa. Parece que sólo lo tenéis para socorrer a los demás...

Nikolái rió suavemente.

—El dinero es una cosa muy incómoda y muy desagradable. Siempre es molesto, tanto recibir como dar...

Le tomó la mano, la apretó con fuerza, y repitió:

—Vendrá lo antes posible ¿verdad?

Y, tranquilo como siempre, se marchó.

Cuando volvió de acompañarlo, Pelagueia pensó:

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Es tan bueno..., pero no me ha dicho ni una palabra de consuelo.

Y no pudo saber si esto le parecía desagradable o simplemente asombroso.

## CAPÍTULO 2

Cuatro días después de aquella visita, se dispuso a marcharse a la ciudad. Cuando el carro, cargado con sus dos arcones, salió del arrabal al campo, se volvió hacia atrás, y sintió de pronto que abandonaba para siempre el lugar donde había transcurrido un período sombrío y penoso de su vida y empezado otro, lleno de nuevas amarguras y alegrías, que devoraba los días con rapidez.

Semejante a una inmensa araña de un color rojo oscuro, la fábrica se extendía sobre el suelo negro de hollín, elevando hacia el cielo sus chimeneas. Junto a ella, se apiñaban las casitas, de una sola planta, donde vivían los obreros.

Grises, aplastadas, se estrechaban, compactas, al borde del pantano mirándose lastimosamente unas a otras con sus pequeñas ventanas descoloridas. Más allá se elevaba la iglesia, de un rojo sombrío, como la fábrica, pero su campanario era más bajo que las chimeneas de ésta.

La madre suspiró y desabotonó el cuello de su blusa, que le oprimía la garganta.

—¡Arre! —mascullaba el cochero, agitando las riendas sobre el lomo del caballo. Era un hombre de edad incierta, de cabellos ralos y esparcidos y ojos incoloros.

Cojeando de una pierna, caminaba al lado del coche, y se veía en seguida que el objeto del viaje le era totalmente indiferente.

—¡Arre! —decía con voz blanda, estirando cómicamente sus piernas torcidas, calzadas con pesadas botas cubiertas de barro seco. La madre lanzó una ojeada a su alrededor. Los campos estaban desiertos, vacíos como su alma...

Moviendo tristemente la cabeza, el caballo hundía las patas con pesadez en la profunda arena, que, recalentada por el sol, crujía suavemente. Chirriaba el carro mal engrasado y roto, y junto con el polvo, todos los sonidos se iban quedando atrás.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Nicolái Ivánovich vivía en una desierta calle de las afueras de la ciudad, en un pabelloncito verde, pegado a una sombría casa de dos pisos, que se venía abajo de vieja. Ante el pabellón había un frondoso jardincito, y a las ventanas de las tres habitaciones de la vivienda se asomaban dulcemente ramas de lilas, de acacias y las plateadas hojas de unos esbeltos álamos blancos. Las habitaciones estaban limpias, en silencio; unas sombras temblaban mudas en el piso, formando caprichosos dibujos; en las paredes había largos estantes, repletos de libros, y retratos de personas de severo aspecto.

—¿Estará bien aquí? —preguntó Nicolái, conduciendo a la madre a una pequeña habitación, una de cuyas ventanas daba al jardín y la otra al patio, donde crecía una espesa hierba. También en aquel cuarto las paredes estaban cubiertas de armarios y estantes repletos de libros.

—Me gusta más la cocina—dijo ella—. La cocinita es alegre, está limpia...

Le pareció que Nicolái tenía miedo de algo. Pero cuando, confuso y turbado, quiso disuadirla y consiguió hacerla renunciar a la cocina, recuperó instantáneamente toda su alegría.

Las tres habitaciones estaban llenas de un aire especial, era fácil y grato respirar en ellas; pero la voz se volvía involuntariamente más baja, no se sentían deseos de hablar fuerte, ni de turbar la apacible meditación de aquellos hombres que miraban, reconcentrados, desde las paredes.

—Hay que regar las flores —dijo la madre, después de tocar la tierra de las macetas de las ventanas.

—Sí, sí —dijo el dueño de la casa con aspecto contrito—. A mí, sabe, me gustan las flores, pero no tengo tiempo de ocuparme...

Pelagueia observó que, incluso en su confortable alojamiento, Nicolái se movía con precaución, distante, como extraño a cuanto le rodeaba. Acercaba la cara a los objetos que miraba, ajustándose los lentes con los finos dedos de su mano derecha, guiñaba los ojos y dirigía la mirada en muda interrogación sobre aquello que le interesaba. A veces, tomaba en sus manos el objeto, lo acercaba al rostro y lo palpaba suavemente. Se habría dicho que acababa de llegar con la madre, y que todo dentro de la habitación le resultaba tan desconocido, tan desusado como a ella.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Viéndolo tan distraído, la madre se sintió en seguida como en su casa. Seguía a Nikolái anotando el lugar de cada cosa, y le hacía preguntas sobre su modo de vivir. El respondía en el tono de un hombre que pide perdón por no obrar como debe, pero que no sabe hacer otra cosa.

Ella regó las flores y reunió, en un montón ordenado, los cuadernos de música, revueltos sobre el piano; luego miró el samovar.

—Hay que limpiarlo —dijo.

El pasó el dedo por el metal empañado, luego lo acercó a su nariz y lo examinó gravemente. La madre sonrió con indulgencia.

Cuando se acostó e hizo el balance de su jornada, levantó la cabeza de la almohada, con asombro, y miró a su alrededor.

Por primera vez en su vida, se encontraba bajo el techo de un extraño, y no se sentía molesta. Pensó solícitamente en Nikolái y sintió el deseo de hacer todo lo posible por ayudarlo, por poner en su vida un poco de cálido afecto. Estaba conmovida por la torpeza, la cómica timidez de su huésped, por su desconocimiento de todo lo que era de orden práctico, por la expresión a la vez prudente e infantil de sus ojos claros.

Después, el pensamiento se detuvo con tenacidad en el hijo, y ante ella fue desplegándose nuevamente el día del Primero de Mayo, revestido todo de nuevos sonidos, reanimado con un sentido nuevo. Y la amargura de aquella jornada era, como toda ella, de un carácter especial; no obligaba a doblar la cerviz, como un puñetazo fuerte y entontecedor, sino que pinchaba el corazón con multitud de agujonazos, haciendo brotar en él una cólera suave, enderezando la encorvada espalda.

Los hijos van por el mundo, pensaba ella, prestando atención a los desconocidos rumores de la vida nocturna de la ciudad. Se deslizaban por la abierta ventana, agitando el follaje del jardín, volando desde lejos, fatigados, pálidos, y morían silenciosamente en la habitación.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Al día siguiente, muy temprano, limpió el samovar, lo encendió, recogió silenciosamente la vajilla. Luego, se sentó en la cocina esperando el despertar de Nikolái.

Oyó su tos, y lo vio aparecer llevando los lentes en una mano y abrigándose la garganta con la otra. Después de contestar a su saludo, trajo el samovar a la habitación mientras él se lavaba, salpicando el suelo, dejando caer el jabón y el cepillo de dientes, y refunfuñando contra sí mismo.

Mientras desayunaba, Nikolái le contó:

—Tengo un empleo bien triste en la administración provincial. Veo cómo se arruinan nuestros campesinos...

Sonrió con aire culpable.

—Estas pobres gentes, debilitadas por un hambre crónica, mueren antes de tiempo, los niños nacen raquíticos y caen como moscas en otoño. Nosotros lo sabemos, conocemos las causas de tal calamidad y cuando las hemos analizado bien, recibimos nuestro sueldo. A decir verdad, es todo lo que hacemos.

—¿Y usted, qué es?, ¿estudiante? —preguntó ella.

—No, soy maestro de escuela. Mi padre es director de una fábrica en Viatka, y yo me hice maestro. Pero, en la aldea, me puse a repartir libros a los mujiks y me metieron por eso en la cárcel; después estuve de dependiente en una librería, mas no fui cauto y me volvieron a meter en prisión; luego, me desterraron a Arjánguelsk. Allí también tuve disgustos con el gobernador, y me enviaron a una cabaña a orillas del Mar Blanco, donde estuve cinco años.

Su voz sonaba igual y tranquila en la clara habitación inundada de sol. La madre había oído ya muchas historias del mismo tipo, y nunca había podido comprender por qué los amigos de Pável las referían con tanta calma, como si se tratase de hechos inevitables.

—Mi hermana llegará hoy —anunció él.

—¿Está casada?

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Es viuda. Su marido fue deportado a Siberia, pero huyó y murió de tuberculosis en el extranjero, hace dos años.

—¿Es más joven que usted?

—Tiene seis años más. Yo le debo mucho. ¡Ya la oírás tocar! Ese piano es suyo, como otras muchas cosas de aquí; los libros son míos.

—¿Y dónde vive?

—En todas partes —respondió él, sonriendo—. En todas partes donde hay necesidad de alguien audaz, se la encuentra.

—¿Ella se ocupa también... de la causa?

—¡Desde luego!

Se marchó a la oficina, en tanto que la madre se ponía a pensar en «esta causa» que unos cuantos hombres sostenían, día tras día, con obstinación y serenidad. Se sentía ante ellos como ante una montaña en la oscuridad de la noche.

Hacia el mediodía llegó una señora alta y esbelta, vestida de negro. Cuando la madre le abrió la puerta, la visitante dejó en el suelo una pequeña maleta amarilla y, tomando rápidamente la mano de Vlásova, le preguntó:

—¿Usted es la madre de Pável Mijáilovich, verdad?

—Sí —respondió ella, intimidada por la elegancia de aquellas ropas.

—Es usted como yo me la imaginaba. Mi hermano me escribió que vendría usted a vivir con él —dijo la dama, quitándose el sombrero delante del espejo—. Pável Mijáilovich y yo somos amigos desde hace tiempo. Él me ha hablado de usted con frecuencia.

Su voz era mate, y hablaba despacio, pero sus movimientos eran vivos y enérgicos. Sus grandes ojos grises tenían una sonrisa joven y franca. Sobre las sienes se percibían ya finísimas y pequeñas arrugas, y por encima de las menudas orejas, unas mechadas de cabellos grises brillaban como hebras de plata.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Tengo hambre —dijo—. Me gustaría tomar una taza de café.

—Voy a hacerlo en seguida —replicó la madre. Y sacando del armario una cafetera, preguntó muy bajo: —¿Pero es que Pável habla de mi?

—Y no poco...

Sacó un pequeño estuche de cuero del que extrajo un cigarrillo, lo encendió y, yendo y viniendo por el cuarto, preguntó:

—¿Está muy inquieta por él?

Mientras miraba la llama azul del infiernillo de alcohol, que temblaba bajo la cafetera, la madre sonreía. Su turbación ante la dama había desaparecido en la profundidad de su alegría.

«Así que habla de mí el chico...», pensó, y dijo lentamente:

—Desde luego, es duro, pero antes era peor; ahora ya sé que no está solo...

Y fijando los ojos en el rostro de la visitante, la interrogó:

—¿Cómo se llama usted?

—Sofía.

La madre la observaba con atención. Había en ella algo de inmoderado, de demasiado audaz, de precipitado...

Mientras bebía el café deprisa, a pequeños sorbos, Sofía hablaba en tono de seguridad:

—Lo principal es que no estén mucho tiempo en la cárcel, que los juzguen pronto. Y en cuanto los destierren, organizaremos la fuga de Pável Mijáilovich; es imprescindible aquí.

La madre la miró con recelo, y ella, luego de buscar con los ojos un sitio donde tirar la colilla, la hundió en la tierra de una maceta.

—¡Va a estropear las flores! —observó maquinalmente la madre.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Perdón —dijo Sofía—. Nikolái me lo dice siempre. —Y retirando la colilla, la arrojó por la ventana.

La madre se sintió confusa, la miró a los ojos y dijo, con aire culpable:

—¡Perdóneme usted! Lo dije sin pensarlo. ¿Acaso soy quién para hacerle observaciones?

—¿Por qué no, si soy descuidada? —respondió Sofía, encogiéndose de hombros—. ¿El café está listo? ¡Gracias! ¿Por qué una sola taza? ¿No va usted a tomarlo?

Y súbitamente, tomó a la madre por los hombros, la atrajo hacia sí y, mirándola francamente, le preguntó, asombrada:

—¿Es que la cohíbo?

Pelagueia dijo, sonriendo:

—¡Acabo de llamarle la atención y me pregunta si me cohíbe!

Y, sin ocultar su propia extrañeza, continuó como interrogándose:

—He llegado a esta casa ayer, y estoy en ella como en la mía, no tengo miedo de nada, digo lo que quiero...

—Como debe ser —dijo Sofía.

—Ya no sé dónde tengo la cabeza, no me reconozco yo misma —añadió la madre—. Antes, daba vueltas alrededor de las personas antes de decirles algo con franqueza, y ahora... mi corazón se abre en seguida y digo de golpe cosas que en otro tiempo ni siquiera habría pensado...

Sofía encendió otro cigarrillo. Sus ojos grises se posaron sobre la madre, con una mirada clara y afectuosa.

—Dice usted que organizará la fuga de Pável. ¿Y cómo va a vivir fugitivo? — La madre planteó por fin la cuestión que la atormentaba.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Un juego de niños —respondió Sofía, sirviéndose más café—. Vivirá como viven decenas de fugitivos... Mire, yo vuelvo ahora de instalar a uno, otro hombre imprescindible que fue desterrado por cinco años y ha estado allí tres meses y medio.

La madre la miró fijamente, sonrió y dijo en voz baja, moviendo la cabeza:

—Ha sido la jornada del Primero de Mayo la que me ha trastornado. Me siento insegura, como si siguiese dos caminos a la vez: tan pronto me parece que comprendo todo, como vuelvo a perderme en la niebla. Ahora mismo, cuando la miro a usted..., es una dama de calidad, y, sin embargo, se ocupa de la causa. Usted conoce a Pável y lo aprecia, y yo se lo agradezco...

—Bueno, es a usted a quien hay que darle las gracias —dijo Sofía, riendo.

—¿Por qué a mí? No fui yo quien le enseñó todo eso... —respondió, suspirando, la madre.

Sofía dejó la colilla en el platito de la taza; con brusco movimiento, echó hacia atrás la cabeza, sus dorados cabellos se le esparcieron por la espalda en espesas crenchas y salió de la habitación diciendo:

—Creo que ya es hora de que me cambie de ropa y deje todos estos esplendores...

## CAPÍTULO 3

Por la tarde, volvió Nikolái. Comieron, y, de sobremesa, Sofía contó riendo cómo había encontrado y escondido al fugitivo, al evadirlo del destierro; habló de su miedo a los agentes de la policía secreta, que le hacía ver espías en todas las personas, y del gracioso comportamiento del fugitivo aquel. En su tono había algo que recordaba a la madre la jactancia del obrero que, habiendo hecho bien un trabajo difícil, se siente satisfecho.

Ahora llevaba un vestido ligero y amplio de color gris plomo. Con él parecía más alta, sus ojos más oscuros y sus movimientos eran ya más reposados.

—Sofía —dijo Nikolái, cuando terminaron el almuerzo—, hay un nuevo trabajo para ti. Ya sabes que tratamos de editar un periódico para el campo, pero, a consecuencia de las últimas detenciones, hemos perdido el contacto con la gente de allá. Sólo Pelagueia Nílovna puede indicarnos cómo encontrar al hombre que se encargará de la distribución del periódico. Ve con ella; es urgente.

—Bueno —dijo Sofía, fumando su cigarrillo—. ¿Vamos, Pelagueia Nílovna?

—¿Por qué no? Vamos. ¿Es lejos?

—Unos ochenta kilómetros.

—Perfecto.

—Ahora voy a tocar el piano. Usted, Pelagueia Nílovna, ¿puede soportar un poquito de música?

—No me lo pregunte... Haga como si yo no estuviera aquí —dijo la madre, sentándose en una esquina del sofá. Veía que el hermano y la hermana, sin aparentar prestarle atención, hacían siempre de modo que ella se encontrase mezclada en su conversación.

—Bien, pues escucha, Nikolái. Esto es Grieg. Lo he traído hoy... Cierra las ventanas.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Abrió la partitura e hirió dulcemente el teclado con la mano derecha.

Las cuerdas vibraron, blandas y densas. Primero, un profundo suspiro, luego otra nota, de un sonido lleno de riqueza, se unió a las primeras. Bajo los dedos de aquella mano, extraños gritos transparentes tomaron impulso para su vuelo inquieto, los claros sonidos revolotearon, batieron alas como pájaros asustados sobre el fondo sombrío de las notas bajas.

Al principio, a la madre no la conmovieron aquellos sonidos, en cuyo fluir no percibía más que un ruidoso caos. Su oído no podía captar la melodía en el complejo palpar del torrente de notas. Medio dormida, miraba a Nikolái, sentado sobre sus piernas dobladas en el otro rincón del amplio diván; contemplaba el severo perfil de Sofía, su cabeza cubierta de una abundante mata de cabellos dorados. Un rayo de sol iluminó suavemente la cabeza y el hombro de Sofía, se detuvo después en el teclado y tembló bajo sus dedos, acariciándolos. La melodía llenaba la estancia e iba despertando el corazón de la madre, sin que ella se diera cuenta.

De pronto, desde el oscuro trasfondo de su pasado, subió el recuerdo de una humillación, olvidada hacía mucho tiempo y que resucitaba ahora con cruel nitidez.

Una noche, su marido volvió muy tarde, completamente borracho, la agarró de un brazo, la tiró de la cama al suelo y, dándole una patada en un costado, le dijo:

—¡Largo de aquí, canalla, ya estoy harto de ti!

Ella, para resguardarse de sus golpes, tomó rápidamente en brazos al hijo, entonces de dos años, y, de rodillas, se protegía con el cuerpecillo, como con un escudo. El niño, llorando, se retorció entre sus brazos asustado, desnudito y tibio.

—¡Fuera los dos! —rugía Mijaíl.

Ella dio un salto y corrió a la cocina, echó algo de ropa sobre sí, envolvió al niño en una toquilla y, sin gritos ni miedo, descalza y en camisa, se fue a la calle. Estaban en mayo y la noche era fresca, el frío polvo se pegaba a sus pies, acumulándose entre los dedos. El niño lloraba y se retorció. Ella se descubrió el seno y apretó al hijo contra su cuerpo; oprimida por el miedo, anduvo y anduvo por la calle, meciendo dulcemente al niño y canturreándole muy bajo.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Empezaba ya a amanecer. Tenía miedo y vergüenza de que alguien saliera a la calle y la viera medio desnuda. Se fue a la orilla del pantano y se sentó en la tierra, al pie de unos pobos temblones. Y así estuvo mucho tiempo, envuelta por la noche, mirando inmóvil a las tinieblas, muy abiertos los ojos y cantando temerosa para mecer al niño dormido y a su propio corazón agraviado.

De pronto, un pájaro negro, silencioso, se agitó sobre su cabeza, tomó impulso y voló a lo lejos. Ella sintió una sacudida y se levantó. Temblando de frío se dirigió a su casa, al encuentro del terror habitual, de los golpes y de los renovados insultos...

Por última vez, un acorde sonoro, indiferente y frío, suspiró y dejó de vibrar.

Sofía se volvió preguntando a media voz a su hermano:

—¿Te ha gustado?

—Mucho —dijo él, estremeciéndose, como si despertara súbitamente—. Mucho...

En el pecho de la madre cantaba el eco de los recuerdos: cantaba y temblaba. Le vino un pensamiento:

«Estas son gentes que viven tranquilamente, en buena armonía. No pelean, no beben vodka, no discuten por el pedazo de pan... como hace el pueblo de vida ignorante, oscura.»

Sofía fumaba un cigarrillo; fumaba mucho, casi continuamente.

—Era el fragmento preferido del pobre Kostia —dijo, aspirando vivamente el humo, y repitió un acorde ligero y triste—. Me gustaba tocarlo para él... Era fino, sensible, abierto a todo...

«Sin duda piensa en su marido», se dijo la madre. Y sonrió.

—Me dio tanta felicidad... —continuó Sofía, en voz baja, acompañando sus pensamientos de ligeras notas—. Sabía vivir...

—Sí —dijo Nikolái, mesándose la barba—. ¡Era un alma cantarina...!

Sofía tiró el cigarrillo que había empezado y se volvió hacia la madre.

—¿Mi ruido no la molesta?

—No me lo pregunte, yo no entiendo nada —dijo Pelagueia, con un leve despecho que no conseguía ocultar por completo—. Yo estoy aquí escuchando, rumiando pensamientos...

—Sí, seguramente que usted comprende —replicó Sofía—. Una mujer no puede dejar de comprender la música, sobre todo si sufre...

Golpeó el teclado con brío y resonó un fuerte grito, como si alguien hubiese tenido una noticia terrible que le golpease el corazón, arrancándole aquel desgarrador sonido. Trémulas de espanto, se alzaron voces juveniles, huyendo presurosas y desconcertadas. Y de nuevo volvió a gritar la voz potente y colérica, apagando todos los ruidos.

Debía haber ocurrido una desgracia, pero una desgracia de las que, en la vida, no provocan lamentos, sino cólera. Después apareció alguien, fuerte, afable, y comenzó a entonar una canción bella y sencilla, persuadiendo, llamando a que fueran en pos de él.

El corazón de la madre se inundó con el deseo de decir su afecto a ambos hermanos. Sonreía embriagada por la música, sintiéndose capaz de ser útil.

Buscó con los ojos qué podría hacer y se fue de puntillas a la cocina, a preparar el samovar. Pero su ansia de ser útil no se extinguía. Mientras servía el té, hablaba con una sonrisa confusa, como si quisiese enjugar su corazón con palabras de cálida ternura, que se dirigía a sí misma, tanto como a sus compañeros.

—Nosotros, la gente ignorante, oscura, lo sentimos todo, pero nos es difícil explicarlo. Nos da vergüenza de eso: de que comprendemos y no podemos decirlo. Y, a menudo, de la misma vergüenza, nos irritamos contra nuestros pensamientos. La vida nos golpea, nos pincha por todos lados; quisiéramos descansar, pero los pensamientos nos lo impiden.

Nikolái escuchaba, limpiando sus lentes. Sofía la miraba con los ojos muy abiertos, olvidando su cigarrillo, que se había apagado. Sentada ante el piano, a

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

medias vuelta hacia el instrumento, rozaba de cuando en cuando el teclado con los finos dedos de su mano derecha. El acorde se mezclaba suavemente con las palabras de la madre, que se apresuraba a revestir sus sentimientos, de expresiones simples y sinceras.

—Y ahora empiezo a poder hablar, por poco que sea, de mí, de los otros..., porque he comenzado a comprender y puedo comparar. Antes no tenía nada para comparar. En nuestra condición todos viven del mismo modo. Pero ahora veo cómo viven los otros, recuerdo cómo he vivido yo, ¡y es amargo, duro!

Bajó la voz.

—Quizá digo cosas que no debiera, y no vale la pena, porque ustedes lo saben todo...

Las lágrimas temblaban en su voz. Los miró con una sonrisa de ternura en los ojos:

— Pero quisiera abrir mi corazón ante ustedes, ¡para que vieran cuánto bien y felicidad les deseo!

—Lo vemos —dijo dulcemente Nikolái.

Pelagueia no podía calmar su deseo, y les habló una vez más de lo que era nuevo para ella y le parecía de una importancia inapreciable. Les contó su vida de humillaciones y resignado sufrimiento. Contaba sin cólera, con una sonrisa de conmiseración en los labios, devanando la madeja gris de sus días tristes, enumerando los golpes recibidos de su marido, asombrada ella misma de la futilidad de los pretextos que los provocaban, extrañándose de su incapacidad de evitarlos...

Sofía y Nikolái la escuchaban en silencio, abrumados por el profundo contenido de aquella sencilla historia de un ser humano que había sido considerado como una bestia y que durante tanto tiempo, y sin quejarse, se había sentido así ella misma. Parecía que por su boca hablaban millares de vidas; todo era banal y corriente en su existencia, pero esta sencillez y banalidad eran el fardo de una innumerable cantidad de seres sobre la tierra, y por ello la historia de Vlósava adquiriría significación de símbolo. Nikolái, acodado en la mesa, sostenía la cabeza entre las manos, y miraba a la madre a través de sus lentes, con ojos entornados,

tenso de atención. Sofía, echada hacia atrás sobre el respaldo de su silla, se estremecía de cuando en cuando y movía negativamente la cabeza. Su rostro parecía haberse vuelto más delgado y más pálido. No fumaba. Dijo en voz baja:

— Una vez me consideré desgraciada; me parecía que mi vida no era más que un delirio. Fue en el destierro, en un miserable poblachón provinciano, donde yo no tenía nada que hacer, nada en qué pensar, excepto en mí misma. En la ociosidad, me puse a sumar todas mis desgracias y pasarles revista: me había enfadado con mi padre a quien tanto quería, me habían expulsado del gimnasio y ofendido, luego la cárcel, la traición de un camarada en quien confiaba, la prisión de mi marido, y de nuevo la prisión, la deportación, la muerte de mi esposo. Entonces me parecía que yo era la criatura más desdichada de la tierra. Pero todas mis desgracias, incluso multiplicadas por diez, no llegan a un mes de su vida, Pelagueia Nílovna. Esta tortura diaria durante años... ¿De dónde saca la gente esa fuerza para sufrir?

—¡Se acostumbran! —contestó Vlásova suspirando.

—Yo creía conocer la vida —dijo pensativo Nikolái—. Pero, cuando no la encuentro en un libro o en mis impresiones difusas, cuando es ella misma..., ¡entonces es terrible! Y lo peor son los detalles, las naderías, los minutos que forman los años...

La conversación tomaba vuelo, se animaba, descubriendo todos los aspectos de aquella ingrata existencia. La madre, hundida en sus recuerdos, sacaba de las tinieblas de su pasado los cotidianos ultrajes que componían el sombrío cuadro del mudo horror en que su juventud había naufragado. Por fin dijo:

—¡Oh! Ya los he aturdido bastante con mi charla, y es hora de descansar. No se puede contar todo...

El hermano y la hermana se levantaron sin decir palabra. Pelagueia tuvo la impresión de que Nikolái se inclinaba ante ella más profundamente que de costumbre, y le estrechaba la mano con mayor fuerza. Sofía la acompañó hasta su dormitorio, y en el umbral le dijo dulcemente:

—Descanse bien... ¡Buenas noches!

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Su voz era cálida. Su mirada gris acariciaba el rostro de la madre. Ella tomó la mano de Sofía y, estrechándola entre las suyas, contestó:

—¡Gracias...!